

# CIUDAD DE LEÓN, CAPITAL DE PROVINCIA

HABIA hace ya bastantes años sobre la noble cantería de San Marcos una placa de aire más bien administrativo, claro azulejo semejante a los que solían emplearse para rotular las calles. En clásicos caracteres proclamaba cabalmente, sencillamente: Ciudad de León, Capital de Provincia.

Pienso que acaso siga en su lugar de entonces, el borde del mismo del hospitalario edificio donde éste linda con el puente. Pienso que acaso siga... Sin más trámites podría uno dejar la pluma y acercarse, cosa de bien poco, al sitio exacto del recuerdo. Comprobarlo. Sería lo propio de un cronista responsable, pero España y yo somos así, señora: que no nos gustan los datos exactos. Mejor aquello de Cocteau: «Traer no un documento, sólo una música.» Y si aludo a aquella inscripción es porque acaso fuera el primer encuentro de mis ojos niños con la capital, ya lo mejor la causa de mi condición de provinciano, ya vitalicia, me parece.

CIERTO es que desde muy chicos -los rapaces de aquella escuela del rey, después escuela nacional- habíamos tenido ocasión de prepararnos. Lo he recordado no hace mucho: nuestro enseñante en Villafranca era de Valderas, y tenía, porque cada maestrillo su librito, el de enseñarnos los contornos de la provincia al mismo tiempo o incluso antes que los de la patria grande.

Por lo menos una vez al mes:

-¡Vamos, muchachos, hoy me van a hacer ustedes el croquis!

Porque de España pintábamos «el mapa». Hecho de trazo firme y sin rendijas. A la representación geográfica de la provincia se le decía más modestamente: «el croquis», y hacíase con líneas discontinuas o pequeñas cruces que empezaban en los montes de Ancares y en los montes de Ancares concluían, después de cerrar aquella forma, pronto familiar y querida, donde íbamos situando los diez nombres de las cabezas de partido judicial, y junto a un redondel predominante, con mayúsculas orgullosas, la capital: LEÓN.

No sé si los profesores de ahora siguen haciendo lo que don Jesús, como mucho que han cambiado los textos. Aún ayer le miraba yo los libros de General Básica a una chiquilla de Villaobispo; y su Gramática, o sea el Lenguaje, estaba llena de alófonos y sintagmas. Pero afirmo que a nosotros se nos abrió el sentir de leoneses, de provincianos de León, al borde mismo del primer encerado. Y cuando se tienen muy

pocos años, y ello acontecía en un tempo lejos de la actual facilidad viajera, la imaginación no corre: vuela. Así, León y su catedral pueden sonar en los oídos de un mocín de Riaño o de Cacabelos a imposible maravilla. Como el nombre de Valencia de Don Juan a un rapaz de la sierra de Balboa; el de Ponferrada a quien anda de labrantín aprendiz por entre espigas de Grajal... Luego, con el tiempo, llega la realidad, siempre más opaca que la fantasía. Pero ya -con música de Garcilaso, que no con letra- «no nos podrán quitar el encendido querer...»

POR todo esto -y porque uno adolece de ser un poco poeta-, a mí no deja de conmoverme la fiesta leonesa de cada mañana. Esa hora en que llegan gentes que han salido con el alba en los coches de línea. Los del «seiscientos», aunque las fábricas hayan cambiado la numeración de sus modelos utilitarios. Las furgonetas nuevas y los carros antiguos. Y, naturalmente, los «señores viajeros» del tren, por el puente ensanchado y leonado de la estación. Vienen todos a llevarse algo. Todos vienen a traernos algo...

Pues de las cosas que la capital puede entregar a cada uno de sus pueblos, ciudades y villas -y esta vez sin necesidad de viajes-, yo cuento entre las mejores el periódico cotidiano. Si tuviera un diario, y mucho más en siendo a estrena de tintas y atractivos, le echaría yo mucho cariño a los hombres y tierras de la provincia, sí señor, a los partidos judiciales del croquis.

Lo que pasa, en fin, es que uno echa a escribir y viene a terminar confesándose. Durante mucho tiempo, mi ilusión fue llegar a redactor en una amable, tranquila, poética capital de tercer orden. Pero se ve que picaba muy alto. Creo que mi vocación y mi destino se cumplirán en corresponsal de pueblo. Del mío, naturalmente. Un día regresaré, para quedarme; repasaré las cartas de don Filemón -«Enhorabuena a un valiente como usted que a los trece años se atreve a lanzarse a la palestra del periodismo...»-; y enviaré crónicas sobre la Fiesta de la Poesía, el tópicó disparo de bombas de gran palenque por el Cristo, y llamadas, «A quien corresponda», para que se vigile el cumplimiento de las ordenanzas municipales sobre los perros. Cosas así.

**ANTONIO PEREIRA**